



Paco Lusarreta,

cuando
la biografía
se hace
historia

ANTXON ITURRIZA

EL pasado 16 de Febrero moría en Donostia, víctima de una rápida enfermedad, Paco Lusarreta, protagonista de una época en que el montañismo vasco pasó de las modestas montañas de Euskalherria a estar presente en las cumbres más elevadas de la Tierra.

Hay biografías cuya trayectoria se hace difícil discernir del mismo curso de la historia y la de Paco Lusarreta es una de ellas. Había nacido hacia 59 años en Hasparrena (Laburdi). Era la época en la que el legendario Andrés Espinosa comenzaba a hacer sus asombrosos esgarceos en las montañas del mundo. Pero para Lusarreta la llamada de la montaña tardaría mucho en llegar y lo haría, además, de una forma un tanto peculiar. Tenía 18 años cuando con un grupo de amigos, con la paellera colgando de la mochila, hacía su primera excursión a Aralar. *«Lo pasé muy mal. Lo de caminar por el monte no parecía estar hecho para mí»*, recordaría años más tarde.

Sin embargo, a pesar de este comienzo poco alentador, su vocación por el mundo de la montaña se decantaría definitivamente cuando es destinado a Otxagabia para cumplir el servicio militar. Y allí, en las estribaciones del Ori, entre fúsil, fiambra y noches de guardia vigilando las andanzas del maquis, Paco descubriría por primera vez las montañas del Pirineo, que habrían de ser durante toda su vida el escenario preferente de sus escaladas.

El último problema del Duranguesado

Corría el año 51 cuando en una excursión montañera al Pirineo —*«Aquello era toda una aventura, recordaba, como ir hoy a los Andes»*—. El Balaitous es su primera cumbre de tres mil metros. Pero además de la

Alta Montaña, Lusarreta conocería a Juan San Martín, que sería, junto a él, uno de los pioneros de la escalada moderna en Euskadi.

Los domingos se reúnen en el Duranguesado y comienzan a trazar las primeras vías en sus paredes. Eran épocas de clavijas de artesanía y cuerdas de cáñamo. En 1955, Juan San Martín escribía en Pirenaica: *«El Amboto conserva una vertiente inexpugnable, aquella que la leyenda atribuye como morada de la Dama más popular de la mitología vasca»*. Todo un día de escalada es necesario para superar por primera vez la pared Este del Amboto. Casi a media noche, regresan extenuados pero felices, después de haber resuelto lo que se consideraba como *«el último problema del Duranguesado»*.

Pasan los años y el montañismo vasco se aventuraba ya a hacer esgarceos en la Aiguille Verte de los Alpes o a trazar nuevas variantes en el Naranjo de Bulnes. Lusarreta, junto a sus compañeros habituales de cordada, Llanos, Aguirregomezcorra y San Martín, se esfuerzan en no perder el tren de la vanguardia y en 1959 repite la vía Schulitze al Picu de Urriello.

El reto del Tozal

El año 1961, se preparaba para partir la primera expedición española a los Andes, Paco Lusarreta describía en las páginas de Pirenaica su experiencia de escalar el Tozal de Mallo, tan sólo cuatro años después de que se superara por primera vez. Un apasionante viaje en moto hasta Torla precede como prólogo sugestivo a la escalada. Casi ya de noche, Paco y su compañero de cordada finalizaban la ascensión. Tras el vivac, Paco escribe: *«Hemos soñado con montañas sublimes, mágicas escaladas colgando de un vacío que no nos da ningún miedo»*.

Para aquel entonces, Paco Lusarreta era miembro del GAME, el grupo de élite del alpinismo del momento, y era profesor de la Escuela de Alta Montaña. No quería que las nuevas generaciones recorrieran el duro y peligroso camino de autodidacta que él había recorrido.

El siguiente escalón son los Alpes. El verano de 1963 le ve trepar por las aristas del Cervino, junto a otros nombres también históricos como San Martín, Ojanguren e Hajar.

El gran proyecto

Paralelamente, Pirenaica se iba haciendo eco de los relatos de otros alpinistas vascos, que progresaban en los caminos de la escalada de dificultad. El núcleo de una gran aventura se estaba formando. El montañismo vasco estaba ya a punto de dar el salto fuera de Europa.

Bajo la presidencia de Pedrotxo Otegui se encausa este movimiento y nace el proyecto de la expedición a los Andes. La historia se disponía a abrir otro nuevo capítulo y el nombre de Paco Lusarreta estaría, una vez más, unido a su desarrollo.

Junto a los nombres más sonoros de nuestro montañismo, en la primavera de 1967 se embarca hacia Perú. La experiencia es un rotundo éxito en su aspecto deportivo: tres cumbres vírgenes de la Cordillera Blanca se convierten en los primeros nombres de la cadena andina que pasan al palmarés de la Federación Vasca.

Paco Lusarreta, y con él todo el montañismo vasco, había pasado de la época de las abarcas a la de las botas dobles en tan sólo tres lustros. Era un avance imparable que estaba ya fraguando en silencio el gran proyecto de intentar la cumbre más alta del mundo.

Everest, la cruz de la moneda

En 1974, con 47 años, Lusarreta partía hacia Nepal, como uno de los más firmes puntales de la expedición Tximist. Pero esta vez la mala fortuna, que no la montaña, truncaría la ilusión más grande de su vida de alpinista: una enfermedad que le obliga a retirarse cuando la expedición no ha hecho más que comenzar.

Alejado ya del movimiento expedicionario y compartiendo andanzas con las nuevas generaciones, Lusarreta vuelve a centrarse en la ascensión de cumbres del Pirineo y concibe el proyecto de completar todas las cimas que superan los tres mil metros en esta cordillera. En el año 84 culminaría su periplo en la cima del Argualas. Bajo sus ojos habían estado ya todos los gigantes pirenaicos. Era el primer vasco que lo conseguía.

El, que tantas veces había ido abriendo la huella de nuevas metas, en el final de su vida de alpinista volvía a ser de nuevo el que marcaba la pauta a las nuevas generaciones.

Con los esquís preparados para marchar una vez más a los Alpes, una rápida enfermedad vino a buscarle para llevarle hasta la muerte pocas semanas después. Y Lusarreta, también en esta última ascensión, quería ser el primero de cuantos compartieron con él los días grandes de la montaña. La historia sigue, pero Lusarreta se ha ido para siempre con una parte importante de ella.